



## SEMIOSIS NOVOHISPANA

**Rosaura Hernández Monroy**

**A**POYANDOME en las valiosas aportaciones de Walter Mignolo al referirse a los estudios coloniales, entenderé por semiosis novohispana el análisis que va más allá del discurso colonial, el cual da cuenta de los textos como unidades de significados producidos por el discurso; la semiosis pretende analizar no sólo los discursos orales y los productos textuales sino también las acciones comunicativas y las representaciones en el periodo novohispano.<sup>1</sup>

Con esta puntualización llegamos al terreno de la cultura y el símbolo, cada cultura particular posee sus propias configuraciones simbólicas, sin embargo no podemos descartar la idea de que en muchas ocasiones estos símbolos tienen cierta universalidad. El hombre da a sus acciones un sentido que puede ser interpretado por sus congéneres, y esa interpretación que del sentido de la acción hacen los otros puede ser de igual o diferente significado al que el actuante le dio; con ello recordamos las palabras de Crick: "...en los estudios humanos, la objetividad es un tipo de intersubjetividad disciplinada".<sup>2</sup>

Aristóteles da inicio a su *Metafísica* con las siguientes palabras: Todos los hombres se empeñan, por naturaleza, en conocer. De ahí que no resulte extraña la

curiosidad permanente del hombre por descifrar su entorno o explicarse la permanencia de ciertos signos, así corroboramos la famosa triada de Peirce, quien dice que para que pueda haber semiosis es necesaria la cooperación de tres sujetos, por ejemplo, un signo, su objeto y su interpretante. Queda claro que los sujetos de la semiosis no son necesariamente sujetos humanos, sino tres entidades semióticas abstractas. Según Peirce, un signo es algo que está en lugar de alguna otra cosa para alguien en ciertos aspectos o capacidades.<sup>3</sup>

Considerando que la cultura por entero debería estudiarse como un fenómeno de comunicación basado en sistemas de significación, en este artículo haré un análisis de una de las fiestas más populares en el periodo novohispano: las corridas de toros, primero haré un periplo hasta los tiempos inmemoriales para mostrar la pervivencia del simbolismo del toro hasta la época colonial. Así nos percataremos de qué manera este rasgo

cultural presente hasta nuestros días, tiene tal carga significativa que lo ha hecho un símbolo invicto.

### LO CRUDO Y LO COCIDO

Aludiendo al conocido trabajo de C. Lévi-Strauss, quiero traer a colación la permanente relación entre un estado anterior del hombre, llámese estado natural (crudo) y otro estadio más evolucionado, cultivado (cocido), visto así el "progreso" ha podido proceder a "saltos", sin que cada lugar de la historia humana se traduzca necesariamente en un cúmulo de experiencias; sino que podemos observar la permanencia de símbolos en los diferentes momentos de su evolución.

Desde tiempos muy remotos se ha dado una íntima relación entre el hombre y el animal, para algunos estudiosos esto suele representar la naturaleza primitiva del hombre, aun los hombres más civilizados tienen que reconocer la violencia de sus impulsos instintivos y su impotencia para controlar ciertas emociones. Por ello no nos debe extrañar que, prácticamente en todas las religiones se atribuyan características animales a los dioses supremos o los dioses se representen con formas de animales.

Los antiguos babilónicos trasladaron sus dioses a los cielos en forma de cangrejo, león, escorpión, pez, etcétera, que conocemos a través del Zodíaco; los egipcios representaban al dios Amón, con cabeza de carnero y a Thot, con cabeza de ibis; los hindúes representaban a Ganesh con cabeza de elefante y Vishnú es un jabalí. La mitología griega está llena de simbolismo de animales: Zeus, el padre de los dioses, se acercaba a las mujeres que deseaba transformándose en cisne, toro o águila; Atenea era asociada a la lechuza y Apolo al delfín. Hasta en el cristianismo, el simbolismo animal está presente; tres de los evangelistas tienen emblemas animales: San Marcos tiene el león; San Lucas tiene el toro, y San Juan, el águila. Cristo mismo aparece simbólicamente como el cordero de Dios.<sup>4</sup>

Particularizando en el mito del toro, recordemos que aproximadamente en el sexto milenio el hombre logró domesticar al uro, ancestro del buey que nosotros conocemos, este hecho provocó cambios importantes en la agricultura ya que con la ayuda de este animal se pudieron arar los campos y obtener el 90 por ciento de la carne de consumo. Esto llegó a darle al uro un lugar preponderante entre las presas de caza, con frecuencia se le ve representado en las cuevas francesas y españolas; en estas pinturas rupestres se puede deducir que los cazadores que habían tenido el valor de enfrentar y matar a uno de esos aterradores animales disfrutaban de un gran prestigio. Dispersos en medio de las casas, un gran número de pequeños santuarios atestiguan la existencia de un culto en el que el toro jugaba un papel predominante.

Muchos otros animales machos cumplían igualmente una función en el culto, sin igualar en importancia el papel del toro. Esto no debe sorprendernos ya que si el cazador necesitaba de un gran valor para cazar un toro, debe haberse supuesto que era un ejemplo de virilidad dominar y domesticar un animal con tal

fuerza. Por eso el toro muy pronto se convirtió en un elemento esencial del principio masculino en los rituales de fecundidad; por la forma semicircular de sus cuernos se le consideró un animal solar y fue identificado como símbolo de la virilidad creadora.

Durante muchos años la mujer había sido la guardiana de los rebaños de ovejas y cabras, pero ahora esta nueva especie domesticada no era fácil de controlar, por lo que el hombre fue el que se puso al frente de su cuidado; más tarde se inventó el arado, herramienta que reemplazó al simple palo de excavar y a la azada, y al cual se unció a los bueyes. De esta manera vemos que con la incorporación del toro a las faenas agrícolas, la mujer fue relegada a los trabajos domésticos por lo que la sociedad fue dominada en gran parte por el hombre, tomando carácter totalmente patriarcal.

Estas transformaciones repercutieron en la religión, se mantuvieron los cultos a las diosas de la fecundidad pero junto a ellas se alzaron las divinidades masculinas. Algo que impresionó mucho la imaginación del hombre fue la fuerza y virilidad del toro, por esta razón se convirtió en la personificación del gran principio masculino que regía al universo. La fuerza y el valor del toro hicieron de él un dios guerrero, al que apelaron los reyes y la casta militar por eso los cascos cornudos se encuentran en muy diversas épocas.

Como ejemplos podemos citar desde los primeros reyes de Sumeria y Acadia que llevaban una tiara cornuda y tomaban el epíteto de "toro salvaje"; para los babilonios el dios Marduk "el joven toro del día" era un dios-toro y dios-solar que había heredado los atributos del Dios primordial, es a Marduk a quien Hamirabi consagró su famoso código. Los asirios adoraban a Assur, quien portaba un casco de cuernos y estaba parado sobre un toro acostado. En Egipto, a partir de la época de los comienzos de la era dinástica, el toro ocupó un lugar importante en la religión, aparece como una

divinidad solar, dios de la creación y de la fertilidad; de todos los cultos taurinos de Egipto, el de Apis es el más conocido, se remonta de menos a la primera dinastía y tenía un carácter eminentemente popular, los teólogos lo integraron a los distintos sistemas cosmogónicos. Apis dios solar, es representado con los cuernos del disco solar, símbolo de su carácter divino.

En Anatolia, se rendía culto a Adad, representado en forma humana, pero con la cabeza adornada con cuernos divinos, casi siempre de pie sobre el lomo de un toro, con el doble rayo en una mano y un hacha en la otra; su santuario principal estaba ubicado en Doliche. Este Adad fue asimilado a los dioses-toros de los emittas por ejemplo a El Ba'al, dios de la lluvia y de la tormenta, adorado por los fenicios, representado con cuernos y blandiendo un rayo. El culto de Ba'al fue propagado por los fenicios en sus colonias del Mediterráneo occidental, incluyendo Cartago y España.

Los hebreos antes de convertirse al monoteísmo también tuvieron dioses-toros, más tarde extirparon cuidadosamente toda huella de ello pero aún quedan algunos vestigios en los pasajes de la Biblia relacionados con Jacob, José y Moisés.

Un pasaje del Exodo habla de los "querubines" alados que adornaba el arco de la Alianza y el tabernáculo, y si recordamos los querubines asirios tenían una naturaleza taurina.

En el trascurso del primer milenio, en el Irán de los persas aqueménidas, se



desarrolló otro culto taurino, el de Mitra, divinidad indoeuropea mencionada también en el panteón de los arios de la India, sin embargo el mitriacismo no llegará a su pleno desarrollo sino hasta el imperio romano. Los persas también tomaron de los asirios sus cherubim alados: contruidos de ladrillos esmaltados adornaban sus palacios y los capiteles de sus columnas,

Creta fue uno de los lugares privilegiados del culto al toro, se han encontrado vestigios de taurilatría desde el 6000 antes de Cristo; en el tercer milenio el culto del toro ocupa tal lugar en la religión minoica que inferimos su antigüedad, más tarde, este rito fue trasladado a la Grecia continental y se hace presente en Micenas en el siglo II, con lo que se incorporó a la mitología de la Grecia clásica.

Dos divinidades dominan el panteón cretense por un lado la diosa de la fertilidad, la diosa Potnia que lleva los pechos desnudos y dos serpientes en las manos, estos reptiles destacan su carácter de diosa tierra, por otro lado el principio masculino está encarnado por un dios-toro, dios del cielo, del sol y del trueno. Se le encuentra a menudo representado bajo su forma taurina, son famosos los vasos de libación en forma de cabeza de toro y los ritones con cuerno de oro encontrados en el palacio de Cnossos.

Como divinidad del trueno, este dios se ve representado en forma simbólica por la doble hacha, llamada *labrys*, la cual figura en representaciones de esce-

nas de sacrificio. Es muy probable que como entre los reyes sumerios, los reyes cretenses hayan sublimado su ascendencia divina y subrayado su parentesco con el dios-toro. Si recordamos la famosa leyenda de Minotauro y su laberinto, podemos deducir que el laberinto era un santuario del dios al cual se le ofrecían sacrificios humanos.<sup>5</sup>

Parece que en las ceremonias en honor del dios-toro cretense se iniciaban con la caza de un toro, al cual se trataba de capturar vivo, según se muestra en los vasos de Vafeio, después se sucedían juegos en los cuales jóvenes hombres y mujeres ejecutaban saltos mortales encima del toro salvaje, apoyándose en los cuernos en el momento en que el animal los embestía, otros participantes trataban de asirlo de los cuernos y de hacerlo caer retorciéndole el pescuezo. Todas estas escenas, plasmadas en las paredes del palacio de Cnossos, constituían ritos de fertilidad, ya que tocando el cuerpo o los cuernos del toro, los participantes creían recibir parte del vigor y la virilidad del animal. Luego el toro era solamente sacrificado al dios-toro como lo muestra la pintura de un sarcófago de Hagia Triada.<sup>6</sup>

En la cuenca del Mediterráneo, otro país que presenta huella de los cultos taurinos es la península ibérica, la explicación tal vez sea la profunda influencia de las colonias griegas y púnicas que se asentaron a lo largo de la costa mediterránea. En la primera guerra púnica, los iberos consiguieron la victoria sobre el

general cartaginés, Amílcar Barca, lanzando contra sus tropas una manada de toros, a los que habían atado antorchas encendidas.

Algunos explican su afición taurina apoyándose en la leyenda de Diódoro de Sicilia y Apolodoro, que cuenta cómo Hércules cruzó Africa y llegó a España donde venció a Gerión y le dio sepultura en Eritrea, hoy Cádiz, y así se apoderó de sus famosos toros. Existen varias versiones sobre su itinerario de regreso a Grecia, aunque la más aceptada habla de que atravesó la comarca de Iberia, y allí regaló toros y vacas de su valioso rebaño al rey Tartesos.<sup>7</sup> Ello explica que en el siglo I a.C. se sacrificaban a toros descendientes de aquellos animales divinos en un santuario consagrado a Hércules.

Posteriormente fueron introducidas las peleas de toros en la Roma imperial, incorporándolas a los juegos del anfiteatro, tal gusto se extendió a las provincias. Como en España ya existían cultos taurinos desde antes de la dominación latina, estas fiestas tuvieron mucho éxito, hasta Marcial le dedicó varios epigramas a este culto.

En 391 el papa Teodosio prohibió todo tipo de culto pagano, lo que incluía las tauromaquias, sin embargo estaban tan arraigadas en España que la Iglesia tuvo que transigir convirtiéndose en su patrona y permitiendo que se llevaran a cabo en la feria anual; así los españoles transmitieron su gusto por la fiesta brava a vándalos, visigodos, moros y después a sus colonias en América. Esta gran afición explica que en el siglo XV, el papa Alejandro VI, de origen español, reiniciara la tauromaquia en Italia.

## NUEVA ESPAÑA

Se ha observado que más que todos los demás pueblos del mundo moderno, los españoles del siglo XVI mostraron las características de los antiguos romanos; revelaron en la conquista y colonización de América el mismo valor y empresa, las mismas cuali-



dades militares, la misma paciencia en los momentos difíciles. Y al igual que los romanos, fueron primordialmente creadores de leyes y constructores de instituciones. De los demás pueblos colonizadores de su época, los españoles fueron los más proclives a las leyes, ejemplo de ello fue la famosa *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias* promulgada en 1680,<sup>8</sup> aunque mostraron también su incapacidad para el desarrollo industrial y financiero.

Las formas de socialización típicas en España, fueron también trasplantadas al Nuevo Mundo, como ya dijimos era costumbre generalizada en la península celebrar cualquier gran acontecimiento con una corrida de toros lo que hizo llegar a identificarla como la fiesta nacional por excelencia. Las diferentes clases sociales estaban representadas simbólicamente en la fiesta taurina: los nobles participaban a caballo, mientras que los plebeyos se desempeñaban como peones. Si en España la corrida validó el predominio de la nobleza sobre los plebeyos, en Nueva España por analogía legitimaba el predominio de los conquistadores sobre los naturales.

La primera corrida de toros que se escenificó en tierra americana fue la del 13 de agosto de 1529, aniversario de la derrota del imperio mexica, "todos los años por honra de la fiesta del Señor San Hipólito, en cuyo día se ganó esta ciudad, se corran siete toros",<sup>9</sup> así rezaba el edicto que el Ayuntamiento de la ciudad de México publicara en esa fecha.

La fiesta taurina se hizo presente también para festejar a Santiago Matamoros, el nacimiento de un heredero real, el fin de cursos de la Universidad, la llegada de un nuevo virrey, leamos un documento del Ayuntamiento que habla al respecto: "Es muy digno de atención el que estando por Su Majestad y con particulares encargos el que se manifieste el regocijo en los recibimientos de los excelentísimos Señores Virreyes, lo cual cede en honor y decoro del soberano a quien re-

preesntan, y sirve de que el pueblo, a quien por lo regular es necesario le entre por los ojos, con demostraciones públicas, el respeto y reconocimiento que es debido, forme concepto de la autoridad para que la venere; a que se agrega, que sobre que en la función de toros se ostentan como en ninguna otra, el decoro y atenciones que se dedican al Jefe Superior del Reino, es también muy a propósito para que el público le conozca y sepa a quién respetar y obedecer".<sup>10</sup>

Como es evidente después de leer la anterior cita, descubrimos que el carácter ritual de los cultos taurinos de la antigüedad se repite en la Colonia, en aquéllos su objetivo primordial era evidenciar la fuerza y la virilidad del animal que el hombre compartía al tocarlo o reverenciarlo; en Nueva España, el signotero ocupa el lugar del poder-*virrey*. Me parece oportuno recordar la definición de Charles Morris: "Algo es un signo sólo porque un intérprete lo interpreta como signo de algo... por tanto, la semiótica no tiene nada que ver con el estudio de un tipo de objetos particulares, sino con los objetos comunes en la medida en que (y sólo en la medida que) participan en la semiosis".<sup>11</sup>

Este signo de algo del que habla Morris es, en el ejemplo anterior, el toro, poderoso y fuerte, que se sacrifica ya no al dios cretense o al mítico Heracles, sino al que representa a su vez al soberano -compleja semiosis-, al rey de España. En el ritual taurino que se desarrollaba en la Plaza del Volador,<sup>12</sup> junto al palacio virreinal se representaba la asunción y aceptación del nuevo Jefe Superior, presentes para legitimarlo estaban todas las autoridades coloniales: los altos jefes de la Iglesia, los oidores, regidores oficiales reales, alcaldes, los nobles y por supuesto la tropa que se encargaba de mantener el orden. Ante este despliegue de autoridades, obviamente que el pueblo, sin mucha dificultad, decodificaba que se tenía que respetar y obedecer a su excelencia el virrey.

La fiesta taurina dentro de las redes de la sociabilidad instauradas en la Nueva España llegó a ser igual que en España la más importante; asistir a la corrida significaba ver y ser visto, era refrendar el poder y la jerarquía que se tenía en el orden colonial, representado en el palco que se ocupara. Esta convivencia tomó un carácter ideológico, la sociedad, entramado de grupos interconectados por múltiples vínculos, permitía esta convivencia de individuos pertenecientes a diferentes clases sociales con la intención de mostrarse igualitaria. Nada más alejado de la realidad, si no veamos cómo protesta un teniente de alguacil mayor del tribunal de cuentas: "...como tal teniente ha gozado de todos los honores, privilegios, emolumentos y regalías, que goza el señor alguacil mayor, y siendo una de éstas las que siempre que hay fiestas de toros se le dé una lumbrera, como a todos los regentes y contadores de cuentas de oficio y honorarios, parece correspondiente, el que conmigo se haga lo mismo, así como el día de la purificación se me da la misma vela que al señor alguacil mayor y demás enunciados señores como así lo concebirá la justificación y prudencia de vuestra señoría de lo que me parece está muy propio providenciar, el que no prosiga esta sensible nota en mí de la falta de regalía".<sup>13</sup>

Como vemos la petición del teniente va encaminada a reclamar su lugar en la estructura social, último de los eslabones de la dependencia que el individuo establece con la sociedad. La primera será con el lenguaje, que se vuelve la primera y la más obligada forma de convivencia a la que ningún hombre escapa, después se enlazará a la familia, al trabajo, para finalmente integrarse a su grupo social. En esta fase el individuo establece una convivencia ideológica, de cuyas normas y principios él se vuelve portador y hace patente en cualquier interacción social. Por ello la corrida de toros participa de toda esta significación, a través de ella el intérprete puede hacer una semiosis.

Citando el análisis del Dr. Viqueira al respecto diremos que a medida que la sociedad colonial se fue debilitando, la fiesta brava fue pasando a ser un espectáculo más, y en el siglo XVIII, incluso empezó a ser criticada por los ilustrados que veían en ella un símbolo de atraso, "que sólo podía agrandar a aquellos que se oponían al progreso y a la civilización".<sup>14</sup>

## CONCLUSION

La incidencia marcada del simbolismo animal en la religión, el arte y en diferentes representaciones sociales a través de todos los tiempos nos muestra cuán vital es para los hombres integrar en su vida el contenido psíquico del símbolo: el instinto. En sí mismo, un animal no es bueno ni malo es natural, no desea nada que no esté en la naturaleza, esto es obedece a sus instintos. En el hombre el ser animal, el instinto que todos tenemos, puede volverse peligroso si no lo reconocemos y lo integramos; porque el hombre es la única criatura con capacidad para dominar con su voluntad al instinto, pero también es capaz de reprimirlo o deformarlo, en ocasiones estos instintos reprimidos pueden llegar a dominarlo o destruirlo.

En este trabajo he querido mostrar de qué manera a través de muy diferentes épocas y periodos, un signo ha pervivido, tal vez por la fuerza de su significación en la cual el hombre contemporáneo todavía encuentra sentido: el poder.

## NOTAS

<sup>1</sup> Para profundizar en este concepto léase el interesante artículo de Mignolo "La semiosis colonial: la dialéctica entre representaciones fracturadas y hermenéuticas pluritópicas", en Beatriz González y Lucía Helena Costigan (coordinadoras). *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas, Universidad Simón Bolívar y The Ohio State University, 1992.

<sup>2</sup> Malcom Crick, *Exploration in Language and meaning. Towards a semantic anthropology*, Londres, Index Malavy Press, 1976, p. 27.

<sup>3</sup> Charles Sanders Peirce, *Collected Papers*, Cambridge, Harvard University Press, 1935. Apud. Umberto Eco, *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Editorial Lumen, 1988, p. 38.

<sup>4</sup> Para quien se interese en conocer en detalle la relación del hombre con los símbolos sagrados es imprescindible la lectura de Carl G. Jung, *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1981.

<sup>5</sup> V. V. Struve, *Historia de la antigua Grecia*, tomo II, Buenos Aires, Futuro, 1964, p. 299.

<sup>6</sup> Christos Z. Mathioulakis, *Knossos. The Palace of Minos*, Athens, Gouvuossis, 1975, p. 49.

<sup>7</sup> Víctor Gerbhardt, *Los dioses de Grecia y Roma*, México, Editora Nacional, 1957, p. 27.

<sup>8</sup> C. H. Haring, *El imperio español en América*, México, Alianza, 1990, p. 44.

<sup>9</sup> Nicolás Rangel, *Historia del toreo en México*, México, Ed. Cosmos, 1980, p. 7.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 305.

<sup>11</sup> Charles Morris, *La significación y lo significativo. Estudio de las relaciones entre el signo y el valor*, Madrid, Comunicación, 1974, p. 33.

<sup>12</sup> Desde tiempos de los mexicas, se celebraban ahí ceremonias religiosas, entre ellas la más conocida la de "los voladores", de donde tomó su nombre después de 1521, fue además de plaza de toros en el Virreinato, mercado de frutas y legumbres desde 1789 cuando el conde Revillagigedo mandó despejar la Plaza Mayor y ordenó que todo el barranquerío pasara con mayor higiene a la Plaza del Volador, en donde se construyó un mercado de madera, sustituido por uno de piedra. Desde 1936 se construyó en esta plaza la Suprema Corte de Justicia.

<sup>13</sup> Archivo Histórico del Ayuntamiento, volumen 855, expediente 18. Apud. Juan Pedro Viqueira Albán, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 37. Esta investigación del doctor Viqueira hace toda una aportación importantísima al campo poco estudiado de las diversiones coloniales, su apoyo en fuentes de primera mano lo hacen un texto ampliamente recomendable.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 39.

## BIBLIOGRAFIA

- Cottrell, Leonard, *El toro de Minos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1970.  
Crick Malcom, *Exploration in Language and Meaning. Towards a semantic anthropology*, Londres, Index Malavy Press, 1976.

Eco, Umberto, *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Editorial Lumen, 1988.

Gerbhardt, Víctor, *Los dioses de Grecia y Roma*, México, Editora Nacional, 1957.

González, Beatriz y Lucía Helena Costigan (coordinadoras), *Crítica y descolonización: el sujeto colonial en la cultura latinoamericana*, Caracas, Universidad Simón Bolívar y The Ohio State University, 1992.

C. H. Haring, *El imperio español en América*, México, Alianza, 1990.

Jung, Carl G., *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Caralt, 1981.

Mathioulakis, Christos Z., *Knossos. The Palace of Minos*, Athens, Gouvuossis, 1975.

Morris, Charles, *La significación y lo significativo*, estudio de las relaciones entre el signo y el valor. Madrid. Comunicación, 1974.

Rangel, Nicolás, *Historia del toreo en México*, México, Ed. Cosmos, 1980.

Struve, V. V., *Historia de la antigua Grecia*, Buenos Aires, Ed. Futuro, 1964, 2 Tomos.

Viqueira Albán, Juan Pedro, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el Siglo de las Luces*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

